

Vigésimo Octavo Domingo del TO B2024

Permítanme comenzar esta homilía con una observación. Hermanos y hermanas, la vida humana nos ofrece muchas cosas que disfrutamos y de las que nos beneficiamos. Aunque algunas de estas cosas nos resulten atractivas e incluso agradables, es cierto, sin embargo, que no podemos tenerlas todas. Si es así, tenemos que hacer una elección sabia para poder ver realmente qué es lo que nos conviene y qué no.

Elegir sabiamente significa siempre que tenemos que optar por algunas cosas valiosas y renunciar a otras. Esto es lo que vemos en la primera lectura de hoy, cuando Salomón hizo una elección acertada en un momento muy crucial de su vida como líder de Israel. En lugar de pedir a Dios que le diera posesiones, riquezas y honor, rezó por la virtud de la prudencia y la sabiduría para comprender el proceso de gobierno. Prefirió la sabiduría al cetro y al trono; consideró el oro y la plata como nada ante la sabiduría de Dios. Pero, como prefirió la sabiduría a la salud y la belleza, todo lo demás le fue dado.

Este texto nos enseña que la sabiduría de Dios nos beneficia más que el conocimiento humano. ¿Cuántas vidas se han arruinado con remordimientos y arrepentimientos, porque la gente no ha sido lo suficientemente sabia para tomar buenas decisiones en momentos cruciales de sus vidas? ¿Cuánta gente ha sido destruida física, mental y emocionalmente por haber seguido los consejos de malos consejeros?

Para un hombre de Dios o una mujer de Dios, solo hay una sabiduría valiosa, la que viene de Dios. Esta consiste en la capacidad de pensar como Dios, de actuar como Dios, de ver las cosas como Dios las ve y de entenderlas como Dios las entiende. Es este pensamiento, percepción, sentimiento y entendimiento divino que el hombre del Evangelio de hoy no tenía.

Sin duda, tenemos que admirar la seriedad de este hombre. Durante toda su vida fue fiel a los mandamientos y nunca dejó de cumplir sus requisitos. El problema, sin embargo, es que su concepción de la salvación es exclusivamente egoísta. Se trata de él y del cumplimiento de los mandamientos. Una vez que él cumple los mandamientos, él se siente bien, en paz consigo mismo. No piensa en las personas ni en las cosas que le rodean.

Cuando el Señor le pregunta sobre los mandamientos, parece haber jugado bien su juego. Pero, lo que ignora es que no basta con obedecer los mandamientos, sino que también debe aplicarse a las circunstancias particulares de la vida en que interactuamos con nuestros semejantes. Por eso el Señor quiere que amplíe su comprensión de la ley.

De hecho, el Señor no se fija sólo en lo que somos hoy en día en cuanto a respeto a la ley, sino también en lo que deberíamos ser. Lo que deberíamos ser como buenas personas, generosas, compasivas, abiertas a los demás es tan importante como obedecer los mandamientos.

En otras palabras, la cuestión básica de nuestra vida cristiana no se refiere sólo a nosotros; se refiere también a los demás. Por eso, el mayor de los mandamientos es amar a Dios y amar al prójimo. Aquí el hombre parece estar fuera de onda. El respeto de los mandamientos no fue suficiente para ganarse la respetabilidad de nuestro Señor.

No matar, esto está bien; no cometer adulterio, esto también está bien; no robar, esto también está bien. Pero ¿qué tal si compartimos un poco de lo que somos y de lo que tenemos con los demás? ¿Qué tal si somos un poco más generosos con los demás como lo somos con nosotros mismos? No hacer cosas es ciertamente respetable, pero ser cristiano consiste, ante todo, en hacer cosas. Todos estamos invitados a tener el coraje moral de salir del egoísmo y de la concentración en el “yo” y crear la relación del “nosotros” con nuestros hermanos y hermanas.

Desafortunadamente, el hombre del evangelio no estaba listo para aceptar la visión de nuestro Señor. No estaba listo para compartir un poco de lo que era y lo que tenía con los demás. Sus posesiones materiales se convirtieron en un serio obstáculo para su relación con nuestro Señor y sus semejantes. Esto explica la declaración de nuestro Señor: “¡Qué difícil es para los que confían en las riquezas, entrar en el reino de Dios!”.

¿Qué quiere decir nuestro Señor con esto? Nuestro Señor no está condenando las riquezas ni su posesión, sino más bien el encarcelamiento del corazón y la mente humanos en ellas. Las posesiones materiales, de hecho, tienden a fijar los corazones humanos en este mundo como si fuera la única realidad que las personas tienen que cuidar. Cuando las riquezas materiales se ven como la realidad última, se vuelve difícil pensar más allá de su posesión o vivir sin ella. Esta es la razón por la que el hombre se fue triste.

Además, cuando la gente hace de las posesiones materiales su principal preocupación en la vida, tienden a apreciar todo en términos de transacción y no de valor. Con esta concepción, la gente olvida que en el mundo hay otros valores además del dinero, que hay cosas que el dinero no puede comprar. Aquí está el drama del hombre rico.

Por eso, la reacción del Señor, ante el asombro de los discípulos, es asegurarles que para Dios nada es imposible. Del mismo modo, nadie puede renunciar a tanta cosas por el reino de Dios sin recibir una recompensa. El reino de Dios implica igualmente sufrimiento y persecución; pero, al final de todo esto, está la vida eterna.

Concluyo: lo que está en juego este domingo es la importancia de tomar buenas decisiones en la vida. Sólo la apertura de nuestro corazón a la Palabra de Dios puede iluminarnos y guiarnos en las difíciles decisiones que afrontamos diariamente en nuestra vida. La Palabra de Dios es capaz de ayudarnos porque es eficaz, capaz de poner a prueba nuestra vida terrena, nuestra existencia espiritual y de desvelar los secretos de nuestro corazón. No podemos vivir ignorando la sabiduría que viene de la Palabra de Dios. Si lo hacemos, corremos el riesgo de tomar malas decisiones y hacer malas elecciones. Oremos, pues, para que el Señor nos llene de su sabiduría para que podamos tomar buenas decisiones que nos permitan llevar un estilo de vida que nos lleve a su reino.

Sabiduría 7: 7-11; Hebreos 4: 12-13; Marcos 10: 17-30



Fecha de la Homilía: el 13 de Octubre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20241010homilia.pdf